

Fundo Las Lumas

De todas las playas lacustres, la del Fundo Las Lumas, era nuestra predilecta, la larga y hermosa alameda de Pinos nos conducía al muelle y a la playita que se escondía entre gigantescas rocas esculpidas por el tiempo, que hacían que el viento Puelche no azotara con tanta fuerza. Terminada la alameda de Pinos, nos esperaban los arrayanes que convocan a las hadas y al ensueño con su aroma y frutos, ellos tienen ese extraño encanto, algo diferente, una cosa rara que desprende un inefable magnetismo. Quizá sea el lugar, que podemos visitarla sin peligros, pero estoy segura que lo más hermoso era que ahí nos reencontrábamos con los hijos del Patrón, que desde siempre veraneaban allí, dejaban la gran ciudad para refugiarse entre pinos y arrayanes, navegar el Lago Panguipulli, y recoger cerezas negras hasta el hastío, o cabalgar por el campo simulando cuidar los animales, la felicidad se reflejaba en cada rostro, no existían diferencias sociales, ellos se esmeraron en enseñarme a nadar pero mi temor siempre fue mayor desde el día que caí bajo el bote y este me succionaba y no podía salir a flote... Las tardes de lluvia las dedicábamos a jugar a las cartas, a llenar puzles, o aprender a urdir “frivolité”, que mi madrina nos enseñaba con gusto, o aprendíamos de Manuel a crear el maravilloso arte del pre picado de los brillos de los caramelos para convertirlos en verdaderas esculturas sobre un trozo de vidrio o azulejos, nos entreteníamos sanamente hasta que escuchábamos la voz del Patrón que preguntaba... ¿quién quiere al Pueblo?...

Y rápidamente nos subíamos a la camioneta sobre unos cuantos cojines o a veces nos subíamos a la lancha y surcábamos el Lago hasta llegar al muelle, el viaje era maravilloso, entre risas, cantos, adivinanzas etc. Al llegar al pueblo el Patrón nos dejaba a todos sentados en la Plaza tomando helados acompañados de Rosalía la “nana” de los patrones quien nos cuidaba como si fuera nuestra madre cosa que agradecíamos mucho. II Por las mañanas nos levantábamos muy temprano, había que ayudar en la ordeña de las vacas y el ritual mayor era llevar nuestro propio lecherito jarro para tomar leche “al pie de la vaca”, era una verdadera delicia, luego al sentarnos en la mesa el ritual continuaba con el tradicional “queso asado a las brasas”, eso era absolutamente irresistible como el manjar hecho en casa que la madrina nos regalaba para untar nuestros panecitos, dispuestos sobre la mesa, o esas incomparables galletitas de chuño que se deshacían en la boca.(cuanto amor se reunía en esas largas mesas del campo)... Luego del abultado desayuno nos disponíamos a los quehaceres del huerto, esto consistía en despistar, “a polcar”, regar, poner varillas a los porotos y arvejas, retirar las hojas secas y llevarlas a la abonera (hoy compost), aprovechábamos la ocasión para degustar de un cuánto hay de frutos, las frutillas eran nuestras favoritas, las grosellas aunque no estuvieran maduras nos deleitábamos comiendo, pasábamos por la zarzaparrilla, luego era el turno de los duraznos y las cerezas, Manuel subía a los árboles con la canastita y nosotros esperábamos impacientes bajo el árbol cuando nos lanzaba algunos “ganchitos”, cargados de cerezas. Por las noches nos sentábamos en unos enormes sillones que estaban dispuestos en el corredor que vigilaba el Lago.

Nos entreteníamos contando estrellas, o cazando lagartijas que subían por las paredes y se escondían debajo de nuestras frazadas. Antes de dormir revisábamos nuestras camas pues no faltaba un travieso que nos dejaba ese desagradable regalito entre nuestras sábanas y que nos hacía correr por toda la casa buscando al culpable. El descanso en medio de esos colchones de lana y plumones de pluma de ganso hacían que nuestro dormir sea muy placentero, poníamos la cabeza en la almohada y nos dormíamos profundamente hasta el otro día. III La tarde se diluía en sombras y luceros, cuando salimos de la gran casona Patronal, las bandurrias, habían cesado de taladrar el aire con su concierto. La atmósfera era pesada, había en el ambiente un presagio de tormenta en pleno verano. Por la noche rayos y truenos se hacían sentir que parecía que caían sobre el Lago que se iluminaba con luces de colores. El día siguiente amaneció nublado pero caluroso, fuimos presurosos hacia el muelle para ver si nuestros botes y las lanchas de los patrones aún se mantenían varados allí, la lluvia comenzó a caer suavemente nos cobijamos bajo un enorme arrayán mientras Manuel se encargaba de trasladar los botes hacia la bodega que estaba muy cerca, nosotros intentábamos ayudar pero la lluvia y nuestras incipientes ropas no nos permitían hacer algo más. La mañana avanzaba y debíamos correr antes que la lluvia se convirtiera en torrencial y el camino a casa se tornara algo dificultoso. Manuel terminó su tarea con los botes y nosotros con los remos, la lluvia se desplomaba sobre el campo acompañado de una inmensa granizada.

PIBI

Después de la tormenta viene la calma, en el campo la vida transcurría a ritmo normal, pero a mí me parecía una vorágine.

El verano llegaba a su fin el Patrón debía regresar a la gran ciudad lo que significaba que se llevaba a toda la familia y nosotros nuevamente quedaríamos con la alegría de tantas emociones vividas junto a ellos, Carolinne (algo tímida, la más pequeña), Margareth (experta en repostería) María Rosa (buceaba como las sirenas), Helmut era diestro al timón de las lanchas) y Alonso (tenía puntería perfecta para atrapar lagartijas).

Ahora que el tiempo ha pasado tan rápido me pregunto, ¿dónde estarán?, ¿qué será de ellos?, ¿recordarán esa infancia maravillosa de veranos lacustres?

PIBI